



Federico

Blanco Catacora

Invitándome a compartir su mesa.

Cierta tarde que tomábamos el té en mi casa, el profesor con unas tajadas de pan de trigo moreno, que era el único que él gustaba, y yo con la porción de deliciosa torta que don Federico me proporcionaba cada sábado y sabía que mis preferencias eran gollerías y dulces; escuchando músicas exóticas: paquistanas, hindúes, chinas, que sólo su afán cultural podía poseer; en una pausa de la charla me atreví a preguntarle amigablemente: ¿Por qué usted que es maestro de cultura, con tanta capacidad de análisis, nos mantienen esperando la obra suya? Don Federico calló. Como le conocía el carácter tampoco insistí la respuesta. Charlamos un buen rato y al retirarse a las ocho de la noche, que él cronométricamente daba por terminada su visita, al despedirse, ya en la acera de la calle, me preguntó: -Usted don Antonio se desayuna a las siete de la mañana, ¿no es cierto? Sí don Federico, le respondí. Si usted me acepta lo espero mañana a esa hora a servirme el desayuno en mi casa. Gracias don Federico, le respondí, estaré.

III

La Intimidad de su morada defendía como el león su guarida. Pocos son los que puedan tener el orgullo de haber sido recibidos en su pequeño departamento. El maestro y filósofo, permitía la visita de contadas personas. Muy sociable y hasta ameno con quienes conceptuaba amigos; y huraño, silencioso, y veces hasta agresivo con aquellos que le caían mal.

Vivía en una casa de la calle Santa Cruz, en la misma donde fue asesinado el guerrillero Inti Peredo. Un día encontré que todos los vidrios de su morada habían sido trizados a golpes de hierro. Los dueños de casa se proponían que desocupara el inquieto aterrizándole con actos de bandidaje delincuencial. Eran gestos de espíritu zafio.

Sus habitaciones eran modestas, pero atiborradas de libros. Libros en todas partes y rincones, sobre mesas y sillas, en anaqueles adosados a las paredes, y por falta de espacio hasta en el suelo. Su única familia eran los libros y sólo en contacto con ellos encontraba solaz, paz de espíritu, equilibrio. Era su fiesta cotidiana.

Esa mañana me esperaba don Federico. La mesita redonda lucía un mantel immaculado; igual las tazas, el azucarero, el pote de miel de abeja, los panecillos morenos y blancos. Era una mesa decentemente presentada, porque verdad es que la pobreza no anula la decencia; y don Federico era un hombre decente en el concepto cabal del término. Me ofreció manzanas cocidas al horno y rellenas de miel de abeja, que él mismo las había preparado. Me preguntó qué música deseaba escuchar mientras nos desayunemos. Fue un momento grato, inolvidable, como aquellos momentos que por nuestra buena suerte el destino nos depara. Al terminar el desayuno retiró las cosas y dejó limpia la mesita. Ingresó a su dormitorio que era la pieza contigua, regresando con quince o veinte archivadores rápidos, y colocándolos cerca a mí, habló: -Usted don Antonio, ayer me dijo algo con dejo de censura que yo no tenía algo escrito, para que no persista la injusticia de opinión en el buen amigo, aquí le muestro todo lo que he escrito hasta ahora. Y uno a uno fue alzando los archivadores, mientras repetía: Lógica, estética, ética, y un número apreciable de temas filosóficos. Alzó uno de los archivadores para hojearlo y encontré, sorprendido, que todos estaban escritos en taquigrafía. Como, le dije, pero profesor usted ha escrito en taquigrafía. Sí, me respondió, si alguien quisiera leerme, lo que dudo, que se dé el trabajo de traducirlo.

Ha pasado el tiempo. Don Federico Blanco Catacora falleció hace algunos años; y ¿dónde se encuentra esa obra que ha dejado el maestro? ¿Acaso está en manos turbias y el pensamiento del filósofo publicará como suyo? Sabemos que su biblioteca, su colección gigante de cassettes de música, todos sus papeles han quedado en poder de la Normal Superior Simón Bolívar, última morada del catedrático, que sus colegas le dieron ese refugio, cuando el dueño de casa donde vivía, hombre avaro y alma de cerdo, lo arrojó a la calle. Es el destino de los hombres superiores en una sociedad como la nuestra, en que sólo tienen apoyo, la impostura, la apariencia, la mediocridad, por influencias politiqueras, familiares o de amistad.

Antonio Paredes Candia. Investigador tradicionalista y escritor.

Invierno frente a mis ojos

Hubo dos días de tormenta de nieve, que ahora extendida por doquier, se ve hermosa, serena, tranquila, como un inmenso manto que quisiera preservar a la tierra.

Miro por la ventana la casa vecina, el techo de impecable albura, el espesor de la nieve debe ser de unas 12 pulgadas; cierta parte, como esbozando una sonrisa la nieve se estiró perezosa en forma de ondeado faldón que cuelga como unos tres metros de largo, festoneando su orilla se descolgaron más de una docena de carámbanos cristalinos de diferentes dimensiones y que al reflejo de los pequeños focos navideños colocados en la ventana cobran el aspecto de diamantinas agujas intentando coser el gélido aire. Detrás se divisan las ramas desnudas y temblorosas de un árbol al que semanas antes, el viento despojó de su otoñal vestimenta y en cuyas venas la savia duerme su sueño de renovación.

Bajo la vista, los pinos enanos como centinelas ornan las fachadas de las viviendas, en su mayoría tienen la forma de esferas, enseñan pasivos sus cabezas nevadas cual postres generosamente cubiertos con abundante crema.

Nieve. Frio. Blanco. Silencio. Belleza congelada. Espectáculo imponente, estremecedora muestra de la Madre Natura.

Mi corazón tibio capullo queda sobrecogido. Una lágrima resbala. Me he sentido dentro del pasado, presente y futuro.

**Velia Calvimontes
Chicago, diciembre 15, 2000**